

DÁDIVA DEL CIELO

(GRIMM)

Érase una chiquirritica, cuyos padres habían muerto, y tan pobre estaba, que ni una reducida habitación tenía donde refugiarse, ni un mezquino lecho donde dormir, y nada más poseía sino lo que puesto llevaba, y un pedazo de pan en la mano que un corazón compasivo le había regalado. Piadosa y buena era la muchacha. Y porque se veía abandonada de todo el mundo, confiando en el buen Dios se encaminó hacia el campo. Por allí encontró a un pobre, que le dijo:

—¡Ah, dame algo de comer, pues tengo hambre!

Y la muchacha le dió el pedazo de pan, diciéndole el pobre:

—¡Dios te bendiga!—y siguió el camino.

En esto llegó un niño, quejumbroso, exclamando:

—¡Tengo frío en la cabeza; dame algo con que pueda cubrirla!

Y la muchacha quitóse su gorro y se lo dió.

No había caminado mucho, cuando hallando a otro niño que no tenía ningún justillo y temblaba de frío, le entregó el que ella llevaba; y un poco más lejos, pidieronle el vestidito y también lo regalaba.

Había, por fin llegado al bosque, y anocheecía ya y pasó por allí otro niño y pidióle la camisita, y la piadosa muchacha pensó:

—La noche es oscura, nadie me verá, y por eso puedo darle la camisita.

Y quitóse la camisita y la entregó. Y estando así nada más tenía para dar, y de pronto le pareció que caían estrellas del cielo, y eran, duras y sonoras, blancas pesetas, y con ellas en substitución de la camisita regalada otra de tela de la más fina que existir pudiese. Recogió el dinero y fué rica por durante toda su vida.

J. VIDAL Y JUMBERT.

ESPIGAS AJENAS

Caso muy singular

En la provincia de Foggia (Italia) existe un pueblecito llamado San Giovanni-Rotondo en cuyo convento de P. P. Capuchinos vive un religioso, el P. Pio de Pietra-Elcina, quien desde hace dos años llena de santa admiración a

cuantos tienen noticia de los estupendos prodigios que realiza. Allí acuden en la actualidad incesantes y numerosas peregrinaciones de Italia, Francia y Suiza, atraídas por la fama de santidad del «santo capuchino», como le llama aún la prensa impía, siendo insuficientes los vehículos puestos al servicio del público, que con frecuencia vése precisado a permanecer cuatro o más días en la vecina ciudad de Foggia en espera de turno.

Este siervo de Dios, de quien se ha ocupado extensamente toda la prensa italiana y extranjera, fué a la guerra hace tres años; pero en el regimiento donde le tocó servir observáronle cosas tan extraordinarias que el coronel, no pudiendo explicárselas, decidió mandarlo a su convento. Desde entonces, «el capuchino santo», como le llaman en aquel país, lleva trastornados a todos por las grandes maravillas y portentos que está obrando.

El número de peregrinos asciende diariamente a muchos miles y las cartas que llueven constantemente sobre él son a centenares. Siéndole, pues, imposible responder y ni aún abrirlas, conténtase con encomendar a Dios las necesidades de las personas que le escriben y solicitan sus oraciones. A pesar de esta enorme afluencia de visitantes, a todos atiende el humilde P. Pio y para todos tiene una palabra de consuelo que mitiga las penas del alma y endulza las amarguras de la vida.

Todos cuantos le visitan unánimemente exclaman: «¡Es un santo!» Su rostro angelical, su sonrisa encantadora, su ser todo endiosado revelan en él un alma bienaventurada. Algunos que habían dudado de su santidad, una vez que le han visto, han cambiado en seguida su duda en certeza absoluta.

Su ocupación diaria es la del confesionario, donde pasa toda la mañana y parte de la tarde. El bien que hace en las almas es imponderable. Posee el don de penetración de espíritus y conoce las intenciones más recónditas de los demás. Con frecuencia recuerda él mismo a los penitentes sus pecados ocultos u olvidados.

Las curaciones, prodigios y milagros que se le atribuyen son muchos y comprobados por testimonios fidedignos. Fué sumamente ruidosa la curación rupentina de un tullido de nacimiento a quien con una sola bendición dejó completamente sano. El mismo prodigio dícese haber obrado con una baldada y con algunos mudos, cojos, ciegos, etc. En todas estas curaciones nótese una cosa muy especial: mientras a unos les sana inmediatamente, a otros en cambio manda regresar a sus casas, asegurándoles que en